

Francesc Ramis Darder



MESOPOTAMIA
y el **ANTIGUO TESTAMENTO**

evd

Mesopotamia y el Antiguo Testamento

Francesc Ramis Darder

Mesopotamia
y el Antiguo Testamento

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© Francesc Ramis Darder, 2019
© De los mapas: Editorial Verbo Divino
© Editorial Verbo Divino, 2019

Diseño de cubierta: Francesc Sala

Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)
Impresión: Graphycems, Villatuerta (Navarra)
Impreso en España - Printed in Spain

Depósito legal: NA. 940-2019

ISBN 978-84-9073-490-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

*A Jordi, Maribel, Jaume y Pau,
con afecto*

Índice

PRÓLOGO	15
1. GEOGRAFÍA DE MESOPOTAMIA. JARDÍN DEL EDÉN	17
1.1. Geografía de Mesopotamia	17
1.2. Denominación del territorio	19
1.3. ¿Cómo se formó geológicamente la región mesopotámica?	20
1.4. Mesopotamia, cuna de civilización	21
1.5. Mesopotamia, eco bíblico del paraíso terrenal	24
2. EL ALBA DE LA CIVILIZACIÓN SUMERIA. HISTORIA BÍBLICA DE LOS ORÍGENES (Gn 1–11)	33
2.1. Desde el Paleolítico al inicio del Calcolítico (ca. 6000 a. C.)	33
2.2. Evolución cultural, del Calcolítico al Dinástico Arcaico (6000-2900 a. C.)	38
2.2.1. Cultura de Hassuna	38
2.2.2. Cultura de Samarra	39
2.2.3. Cultura de Halaf	40
2.2.4. Cultura de El-Obeid	40
2.2.5. Cultura de Uruk	43
2.2.6. Cultura de Jemdet Nasr	45
2.3. La cuestión sumeria	47
2.4. La historia de los orígenes, eco religioso y cultural de Mesopotamia (Gn 1–11)	49
3. EL PERÍODO DINÁSTICO ARCAICO Y EL ACADIO. HISTORIA BÍBLICA DE LOS ORÍGENES	55
3.1. Dinástico Arcaico (2900-2334 a. C.)	55
3.1.1. La sociedad del Dinástico Arcaico	55
3.1.2. Los principados sumerios	58

3.2.	Período acadio (2334-2159 a. C.)	61
3.2.1.	La relevancia de los semitas en Mesopotamia	61
3.2.2.	Sargón de Acad y sus hijos (2334-2255 a. C.)	63
3.2.3.	Naran-Sin (2255-2218 a. C.)	66
3.2.4.	Shar-Kali-Sharri (2218-2193 a. C.)	68
3.2.5.	El ocaso de Acad	68
3.3.	La historia de los orígenes (Gn 1-11), eco de la grandeza de Uruk, Ur y Acad	69
4.	RENACIMIENTO SUMERIO Y TERCERA DINASTÍA DE UR. LAS GENEALOGÍAS DEL GÉNESIS	77
4.1.	La identidad de los invasores	77
4.2.	Gudea de Lagash	78
4.3.	Inicio de la III dinastía de Ur: Ur-Nammu (2112-2095 a. C.)	79
4.4.	Shulgi (2094-2047 a. C.)	81
4.5.	Amar-Sin (2046-2038 a. C.)	82
4.6.	Realeza y sociedad durante la III dinastía	83
4.7.	La invención de la escritura, aportación sumeria	86
4.8.	Ocaso de la III dinastía de Ur	88
4.9.	Genealogías bíblicas y lista real sumeria	90
5.	ECLOSIÓN DE LOS REINOS AMORREOS. LA COSMOLOGÍA BÍBLICA (Gn 1,1-2,4a).....	95
5.1.	Isin y Larsa	95
5.2.	Babilonia	98
5.3.	Asur	99
5.4.	Mari	101
5.5.	Eshnunna	102
5.6.	Cosmología sumerio-acadia, cosmología bíblica	104
6.	BABILONIA: HAMMURABI Y SUS SUCESORES. CÓDIGO DE HAMMURABI Y LEGISLACIÓN BÍBLICA	109
6.1.	Hammurabi, forjador del Imperio babilónico	109
6.2.	Instituciones del Imperio de Hammurabi	112
6.3.	El ocaso del Imperio babilónico	115
6.4.	La legislación mesopotámica y su relación con la Escritura	118

7.	LOS IMPERIOS EMERGENTES: HITITAS Y MITANNI. BIBLIA Y TRADICIÓN ORIENTAL	123
7.1.	Hititas: Anatolia	123
7.1.1.	Anatolia y los pueblos autóctonos	123
7.1.2.	Hititas: origen, identidad, historia	124
7.2.	Hurritas: Imperio de Mitanni	127
7.3.	Hurritas e hititas en el horizonte de la Escritura	131
8.	LA BABILONIA CASITA; ISAÍAS, JONÁS, EVA, EL SHEOL	137
8.1.	Casitas, origen e identidad	137
8.2.	La dinastía casita	138
8.3.	La Babilonia casita en el marco del Oriente Antiguo	142
8.4.	Eco de la cultura casita en la Biblia	145
9.	GUERRA, CONFUSIÓN, RENACIMIENTO. LEGISLACIÓN BÍBLICA Y DILUVIO (GN 6,9–8,22)	151
9.1.	Egipcios e hititas, reparto de Siria-Palestina	151
9.2.	El reino hitita, el auge asirio, la decadencia mitánnica, el aislacionismo casita y la religiosidad egipcia	152
9.3.	La pugna entre los imperios orientales	155
9.3.1.	Guerra entre hititas y egipcios	155
9.3.2.	Conflicto entre asirios, casitas y mitannios	156
9.3.3.	Contienda entre casitas y elamitas	157
9.4.	Migración y eclosión de nuevos reinos	159
9.4.1.	Migraciones y asentamientos en Eurasia	159
9.4.2.	Los nuevos reinos	160
	A. Palestina	160
	B. Fenicia	161
	C. Reinos neohititas	163
	D. Reinos arameos	163
9.4.3.	Confusión mesopotámica: elamitas, casitas, asirios, babilonios	164
9.5.	Ecós de la cultura mesopotámica e hitita: diluvio (Gn 6,9–8,22) y alianza (Dt 12–26).	167

12 *Mesopotamia y el Antiguo Testamento*

10. IMPERIO ASIRIO. MOISÉS, AJAZ, EZEQUÍAS, ISAÍAS	173
10.1. Primer renacimiento asirio	173
10.2. Decadencia de Asiria y ascensión de Urartu	177
10.3. Segundo renacimiento asirio	178
10.4. Esplendor del Imperio asirio	181
10.4.1. La sucesión dinástica, los sargónidas	181
10.4.2. Instituciones del Imperio asirio	184
A. Rey, corte, administración, comercio, ejército	185
B. Arte, literatura, ciencia, leyes	186
10.5. Eco de la tradición asiria en la Escritura	188
10.5.1. Legislación bíblica y asiria	188
10.5.2. Moisés y Sargón	190
10.5.3. Lectura bíblica de la historia: Israel y Asiria	192
11. IMPERIO NEOBABILÓNICO Y CONQUISTA PERSA. EXILIO, JEREMÍAS, EZEQUIEL, SEGUNDO ISAÍAS	199
11.1. Medos, asirios, caldeos	199
11.2. Caída de Asiria	201
11.3. Irrupción del Imperio neobabilónico	202
11.4. El aspecto social y religioso de la sociedad neobabilónica	206
11.5. Ocaso neobabilónico y amanecer persa	209
11.6. Eco de la religiosidad babilónica en la Escritura	214
11.7. Judá y Babilonia: historia y teología	219
11.7.1. Perspectiva histórica: caída de Jerusalén y deportación a Ba- bilonia	219
11.7.2. Perspectiva teológica: caída de Jerusalén y deportación a Ba- bilonia	220
11.7.3. Judaítas en Egipto, Judá, y Babilonia	222
A. Los que huyeron a Egipto	222
B. Los que permanecieron en Judá	222
C. Los desterrados en Babilonia	224
• Jeremías	224
• Ezequiel	226
• El profeta del consuelo y las instituciones renovadas	228
A MODO DE EPÍLOGO	231
BIBLIOGRAFÍA	233

Prólogo

*Hagamos el elogio de las personas ilustres
de nuestros antepasados por generaciones (Eclo 44,1)*

Asentados en su peculiaridad cultural y religiosa, los redactores bíblicos hilvanaron el Antiguo Testamento sobre el telar del pensamiento oriental. De ahí la necesidad de conocer la historia y la cultura del mundo antiguo para comprender la especificidad teológica que palpita entre las líneas de la Escritura.

Como conoce el lector, el marco geográfico por el que discurre el Antiguo Testamento es amplio. Apreciamos el eco de Egipto, Mesopotamia, Canaán, Siria, Elam, el mundo hitita, Grecia, e incluso Roma, sin descuidar la mención de regiones como Arabia o Nubia, entre otras. Ante tal magnitud y atentos a la extensión de nuestro ensayo, acotaremos el estudio a la tierra del Éufrates y el Tigris: Mesopotamia. Sin duda, una de las zonas de mayor influencia sobre la historia y la cultura del pueblo de la Biblia; así lo evidencian, a modo de ejemplo, los relatos del Génesis o la experiencia judaíta del exilio en Babilonia. Acudiremos a la historia de Egipto y de las regiones orientales, como es obvio, siempre que sea necesario para perfilar los acontecimientos que fraguaron la cultura mesopotámica y su influencia en la Escritura.

La historia de Mesopotamia abraza un dilatado arco temporal. Alborea con la eclosión de los ancestros de los sumerios, y se prolonga por una sucesión de imperios, a saber, acadios, asirios, babilonios, persas, monarquías helénicas, hasta el fugaz dominio romano. No podemos olvidar las etapas confusas en que se precipitó Mesopotamia cuando sufrió las invasiones extrajeras capitaneadas por los gutis, martus, o luluvidas, entre otros pueblos; tampoco podemos desdeñar el influjo de las potencias periféricas como Elam, al este, o el reino hitita, al noroeste. La magnitud temporal también impone acotar, dada la extensión de este libro, el periplo de la historia. Ceñiremos el estudio a la etapa en que Mesopotamia conformó una civilización con carácter pro-

pio, sin estar sometida al dominio extranjero. Es decir, desde el susurro de la prehistoria y la irrupción de los sumerios hasta la conquista de la región por los persas, comandados por Ciro II (539 a. C.). Los ejes de la cultura mesopotámica, forjados durante tan prolongado período, influyeron, como veremos a lo largo del ensayo, en la reflexión de los redactores bíblicos. Quedará para otra ocasión el análisis de las etapas dominadas por los persas y los soberanos helenistas en su relación, cultural e histórica, con el relato bíblico.

Grandes maestros han abordado la relación entre el pensamiento mesopotámico y la Escritura. En el ámbito hispano, debemos destacar la honda aportación de M. García Cordero (*Biblia y legado del Antiguo Oriente*, 1977), y de J. González Echegaray (*La Biblia y el Creciente Fértil*, 1990). El primero, García Cordero, presenta el contenido de la narración bíblica, desde los orígenes del cosmos hasta el advenimiento de Jesús de Nazaret, para apreciar en cada etapa el eco de la cultura y la historia mesopotámica en el mensaje bíblico. El segundo, González Echegaray, recorre la historia de Israel, desde la prehistoria hasta el dominio romano, para sondear la relación entre el pueblo de la Biblia y la cultura del Oriente Antiguo.

Desde nuestra perspectiva y con la mayor modestia, adoptamos un horizonte diverso y a la vez complementario con la óptica de los autores mencionados. Por una parte, recorreremos los hitos de la historia y de la cultura mesopotámica, desde el amanecer de la prehistoria hasta inicio del dominio persa; por otra, y de modo sugerente, entretendremos cómo los redactores bíblicos, entretelados con el pensamiento mesopotámico, plasmaron el hondón teológico de la Escritura. Así, el objetivo del texto que presentamos estriba en ofrecer una panorámica de la historia mesopotámica, en la que se sumerge la historia de Israel; a la vez que esboza los grandes mojones del pensamiento del país del Éufrates para apreciar cómo los escribas bíblicos supieron recogerlo para cincelar la genuina identidad teológica del Antiguo Testamento.

Con intención de plasmar el objetivo expuesto, surcaremos un itinerario preciso. El capítulo primero esboza los rasgos esenciales de la geografía mesopotámica. Los poetas, enamorados de la metáfora, vislumbraban el pálpito del paraíso entre el cauce del Tigris y del Éufrates; por eso, una vez delineada la geografía, contemplaremos el relato del Edén, eco del vergel mesopotámico (Gn 2,8-15). El capítulo segundo zigzaguea entre la neblina primigenia de la civilización sumeria para escuchar después, entre la simbología de la historia de los orígenes (Gn 1-11), el eco del pensamiento mesopotámico.

Entre las páginas del capítulo tercero exploraremos el período dinástico arcaico para intuir, de nuevo entre los versos de la historia primera (Gn 1-11), la grandeza de antiguas ciudades, Uruk, Ur, Acad, y el eco de las migraciones

patriarcales (Gn 15). El capítulo cuarto mostrará la magnificencia de la III dinastía de Ur con intención de confrontar el aspecto teológico de las genealogías bíblicas con la lista real sumeria, reflejo de la historia mitológica de la tierra del Éufrates (Gn 5,1-12).

El planteamiento del capítulo quinto penetra en el Renacimiento sumerio y los reinos amorreos; esbozada su conformación, dibuja la cosmología mesopotámica para perfilar la hondura teológica de la cosmología bíblica (Gn 1,1-31). La grandeza de Babilonia despunta en el capítulo sexto; la envergadura del Código de Hammurabi y la legislación mesopotámica constituyen el cañamazo donde crecerá la peculiaridad teológica de la ley bíblica (Dt 12-26), mientras la Epopeya de Gilgamesh sugerirá el encanto del relato de Noé (Gn 6-8). El capítulo séptimo observa el auge de los imperios emergentes, el reino hitita y el Imperio de Mitanni, para apreciar la influencia de la identidad hurrita, los Textos de Nuzi, y los Códigos Hititas en la etnografía y la legislación bíblica (Gn 15,1-21). La Babilonia casita recorre el capítulo octavo; la historia de Jonás y la confrontación del Poema de Gilgamesh con la descripción del Sheol permite comparar la tradición mesopotámica con la perspectiva bíblica (Is 14,3-20).

El capítulo noveno aborda, en primer lugar, la etapa de guerra y confusión que entenebreció Mesopotamia, para esbozar, después, la regeneración de la zona y la irrupción de nuevos reinos. De ahí nace la conveniencia de comentar el relato del diluvio (Gn 6,9-8,22), alegoría de la confusión que enlutó la identidad israelita, y la pervivencia de la alianza (Dt 12-26), símbolo de la comunidad renovada. A lo largo del capítulo décimo, constamos la fiereza de Asiria para contrastar su legislación con la ley bíblica (Ex 21-23), apreciar la analogía entre el nacimiento de Sargón y Moisés (Ex 2,1-10), y describir la perspectiva bíblica de la historia de Israel y Asiria.

Las páginas del capítulo undécimo hilvanan la historia del Imperio neobabilónico con la intención de entrever el impacto del Enuma Elis y la esbeltez del gran zigurat en el poema de la creación (Gn 1,1-2,4a) y en la simbología de la Torre de Babel (Gn 11,1-9). El exilio en Babilonia marcó la identidad de la comunidad de la Biblia. Por eso comentamos los avatares del destierro, junto a la predicación de Jeremías, Ezequiel y el profeta del consuelo que enjuagaron las lágrimas y sembraron esperanza en el alma de los deportados, hasta que Ciro II, el Ungido del Señor (Is 45,1-5,25), les abrió las puertas para volver a Jerusalén. Como hemos indicado, la conquista persa puso fin a la identidad mesopotámica como región independiente; después, advendrá el dominio extranjero (persas, griegos, helenistas, romanos). Tanto esa razón como la necesidad de acotar la extensión del estudio, también pondrán punto final a nuestra exposición.

Conocedores de la complejidad que reviste el estudio de la cultura mesopotámica en relación con la Biblia, hemos adoptado una perspectiva pedagógica. La vertiente dedicada a la historia de Mesopotamia aparece con los trazos propios de un manual introductorio, mientras la reflexión bíblica figura con los rasgos de un comentario. La precisión del estudio requeriría, sin duda, multitud de notas a pie de página. Sin embargo, atentos a la dimensión pedagógica, ofrecemos las mínimas notas para aclarar temas específicos. La enumeración y descripción de las fuentes para el estudio de Mesopotamia supera la presentación pedagógica; remitimos al lector interesado a la bibliografía final (especialmente: Kuhrt, Liverani). El elenco bibliográfico ayudará al lector interesado a profundizar en la materia.

Confiamos en que nuestra aportación, deudora agradecida de los grandes maestros, constituya una ayuda para otear el horizonte teológico de la Escritura, anclada en la cultura y la historia del Oriente Antiguo.

Francesc Ramis Darder
Palma de Mallorca
6 de enero de 2019,
solemnidad de la Epifanía del Señor

1

Geografía de Mesopotamia. Jardín del Edén

La geografía de un territorio influye en la conformación de la cultura de sus habitantes; por eso, antes de abordar la historia de Mesopotamia y esbozar su relación con el planteamiento bíblico, delinearemos los grandes rasgos de su aspecto geográfico. Comenzaremos con la descripción de la región; después indicaremos los diversos topónimos que ha recibido durante la historia; seguidamente, adentrándonos en la geología, insinuaremos el origen del área mesopotámica; acto seguido señalaremos las peculiaridades que la convirtieron en cuna de civilización; y finalmente comentaremos la descripción bíblica del Edén, para apreciar la influencia de la geografía mesopotámica en el pensamiento bíblico (Gn 2,7-14).

1.1. GEOGRAFÍA DE MESOPOTAMIA

La palabra «Mesopotamia» procede del griego y significa «entre ríos», o apurando la etimología, «tierra entre ríos»; pues propiamente conforma la llanura entre dos grandes cursos fluviales: el Éufrates y el Tigris. El Éufrates nace en las montañas de Armenia como resultado de la confluencia de otros dos ríos, el Kara-Su, que se origina en el valle de Ezqurum, y el Murat, cerca del lago Van; recorre unos 2800 km en dirección sureste, y cuenta con dos afluentes relevantes por el este, el Balikh y el Harbur, ambos ríos surcan una zona especialmente feraz, la Gezira. El Tigris también surge de las montañas de Armenia, junto a Elazig, recorre unos 1900 km; dispone de cuatro afluentes importantes por el este: el Diyala, el Adhem, el Pequeño Zab y el Gran Zab. A grandes rasgos, el Tigris y el Éufrates discurren en paralelo hasta desembocar en Shat-el-Arab, en el Golfo Pérsico; durante la Antigüedad ambos desembocaban separados, pero actualmente lo hacen juntos.

El cauce del Tigris y el Éufrates estructuraba el territorio en dos regiones principales: Baja y Alta Mesopotamia. Situada en el último tramo del

cauce fluvial y abrazando la zona del Golfo Pérsico, la Baja Mesopotamia abundaba en zonas pantanosas y lagunares, disponía de una pluviosidad escasa e irregular en otoño e invierno; la primavera y el comienzo del verano contemplaban el crecimiento del cauce fluvial, a menudo virulento; el verano era seco. La región contaba con cañaverales, palmeras datileras, cereales, especialmente cebada, cabras, cerdos, bueyes, gallinas, rebaños de ovejas cuya lana propiciaba la confección de tejidos, aceite de sésamo, nafta y betún, buena arcilla para la producción cerámica; en la costa y en los ríos abundaba la pesca y el marisqueo; bueyes de labor, asnos, caballos a partir del segundo milenio, y dromedarios domesticados desde al siglo XII a. C.; a modo de contrapunto, carecía de minerales metálicos, y de buena madera y piedra para la construcción.

La Alta Mesopotamia comprendía el tramo superior de ambos ríos, a la vez que lindaba al norte con las montañas de Armenia, y al este con la cordillera de los Zagros. Aunque disponía de grandes estepas, también contaba con valles irrigados por riachuelos; era proverbial la feracidad de las tierras comprendidas en algunos valles de Armenia, en la zona que mediaba entre el Gran Zab y el Tigris, y en la región situada entre el Balikh y el Harbur. Despuntaba la presencia de plátanos, tamariscos, moreras y encinas; trashumaban por la región grandes rebaños de ovejas, los bosques gozaban de abundante caza y los ríos, de pesca generosa; en las zonas más norteñas afloraba también la piedra para la construcción y algunos minerales metálicos.

Las diferencias geológicas y climáticas entre la Baja y la Alta Mesopotamia favorecieron el estallido de rivalidades entre las culturas del norte y del sur. El norte fue, con el tiempo, el corazón de Asiria, mientras el sur fue germen de Sumer y Acad, y más adelante de Babilonia. El curso de la historia contempló, como veremos, los conflictos entre ambos tipos culturales y señaló diferencias en el estilo de vida. Sin embargo, entre la Alta y la Baja Mesopotamia existían buenas comunicaciones; las rutas terrestres favorecían el tráfico de caravanas, mientras los tramos navegables del Tigris y del Éufrates alentaban el comercio y la relación cultural.

La zona feraz situada entre el Éufrates y el Tigris estaba rodeada por accidentes geográficos que, desde la perspectiva simbólica, parecían amurar y proteger la región. El oeste veía extenderse el desierto sirio-arábigo, inhóspito y desolado, en donde solo los escasos pozos y torrenteras proveían de agua a hombres y animales. El desierto convergía hacia el noroeste con los montes Amano, una pequeña cordillera de la cadena del Taurus que se prolonga hacia Anatolia. La zona septentrional vería erguirse los montes

de Armenia con el mítico Ararat (5000 m); sobre los montes armenios des-puntaban tres lagos principales: Van, Sevan y Urmia. La región del este veía alzarse los montes Zagros, con tres regiones sucesivas, de norte a sur: Kur-distán, especialmente fértil, Luristán y Kuzistán, este último conformaba, en cierta manera, una elongación de la región mesopotámica, surcada por los ríos Karen y Kerkah.

La región mesopotámica destacaba por su potencial agrícola, ganadero y piscícola, pero tanto los buenos materiales de construcción como los metales, especialmente ausentes en la Baja Mesopotamia, había que adquirirlos en las zonas colindantes. La región sirio-palestina, al oeste, aportaba la madera de los cedros del Líbano y de los montes Amano, también púrpura y cobre. La península de Anatolia, al noroeste, ofrecía cobre, oro, hierro, plata, obsidiana, basalto, mármol, alabastro y jade. Armenia, al norte, contaba con hierro, obsidiana, y piedra de construcción. Elam, al este, destacaba por la abundancia de plata, oro, estaño, hierro, turquesa y basalto. Así pues, la zona del Tigris y el Éufrates exportaba, sobre todo, productos agropecuarios e importaba de las regiones limítrofes, principalmente, metales y materiales de construcción.

Mesopotamia constituía una región integrada en el Próximo Oriente. Zarpando del Golfo Pérsico, los navíos intercambiaban mercancías en el puerto de Dilmun, actual Barhein; cruzando el estrecho de Ormuz, podían alcanzar la costa africana, y a través de un largo cabotaje atracaban en la India. Con intención de evitar el peligro del desierto sirio-arábigo, inhóspito y guarida de bandoleros, las caravanas solían cruzar el Éufrates por el norte, en territorio sirio, y tras reposar en Alepo y Palmira, alcanzaban la región Palestina, puerta hacia Chipre, la zona del Egeo y Egipto. Hacia el este las caravanas penetraban en la meseta irania, y hacia el norte cruzaban los montes armenios y bordeaban los lagos para propiciar el comercio y el intercambio cultural. La riqueza agropecuaria y las vías de comunicación convertirían la región mesopotámica en núcleo y proyección de la civilización oriental.

1.2. DENOMINACIÓN DEL TERRITORIO

La integración de Mesopotamia en el Próximo Oriente determinó que J. H. Breasted acuñara la locución «Creciente Fértil». ¿A qué se refería? Cuando observamos un mapa, apreciamos las regiones fértiles de la zona mesopotámica entre el Tigris y el Éufrates, el área palestina, bañada

por el Jordán y el lago de Genesaret, y la zona siria que se adentra en Mesopotamia. A modo de contrapunto, desde el centro de ambas regiones, despunta una extensa zona árida conformada por el desierto sirio-arábigo y el pequeño desierto de Judá, su prolongación occidental en tierra palestina. Si con un lápiz coloreamos las zonas fértiles aparecerá, desde el prisma de la metáfora, una media luna verde en cuarto creciente, de ahí el nombre, *Creciente Fértil*, con que se conocen las regiones feraces de Palestina y las tierras mesopotámicas. Aun así, la imaginación poética exige prolongar la media luna verde hacia el cauce del Nilo, cuyas aguas fertilizan la tierra de Egipto.

Como hemos comentado, los griegos denominaron a la región, Mesopotamia, «tierra entre ríos»; no obstante, los pobladores más antiguos utilizaron otros nombres. La Baja Mesopotamia comenzó llamándose Kingir o Sumer, el bíblico País de Senaar (Gn 10,10; 11,2). La Alta Mesopotamia se denominó Wari, y más tarde Acad. Cuando políticamente se unieron Sumer y Acad, la zona se llamó País de Sumer y Acad; posteriormente el término Babilonia dio nombre a la zona. Más adelante, la región más meridional de la Baja Mesopotamia recibió el nombre de País del Mar, y después Caldea; mientras la zona norte se conoció como Asur, y aún más al norte, lindando con las montañas de Armenia, se llamó Subartu. El topónimo actual, Irak, surgió con la conquista musulmana (637), y podría significar «tierra cultivable a lo largo de un río importante». Las distintas denominaciones atestiguan la variedad de culturas que brotaron en la región, y la diversidad de poblaciones que hallaron cobijo en la zona.

1.3. ¿CÓMO SE FORMÓ GEOLÓGICAMENTE LA REGIÓN MESOPOTÁMICA?

La geología señala que la corteza terrestre está constituida por placas tectónicas que al desplazarse entre sí originan los continentes y las cordilleras, entre otros accidentes. A causa del movimiento de las placas, la región mesopotámica tiene gran actividad tectónica. A lo largo del Plioceno (5,3-1,8 millones de años a. C.) y hasta inicios del Pleistoceno (1,8 millones de años-10000 a. C.), las placas llamadas africana y árabe chocaron con las placas turca e iraní; fruto del impacto se alzaron los montes Zagros, las montañas de Armenia y el Taurus. Además, la placa árabe quedó subsumida bajo la placa iraní dando lugar al Golfo Pérsico y a las llanuras aluviales que observamos entre el Tigris y el Éufrates.

Como también expone la geología, la segunda mitad del Pleistoceno ha conocido cuatro glaciaciones (Günz, Mindel, Riss, Würm), entre cada una de ellas aparece un período interglaciar. Las glaciaciones no alcanzaron el Próximo Oriente; aun así, la acumulación de hielo sobre la mayor parte de ambos hemisferios durante la glaciación, junto al posterior deshielo en la etapa interglaciar provocó la variación del nivel del mar, y por tanto determinó la fluctuación del nivel marino en el Golfo Pérsico. Durante la última glaciación (Würm), la zona actualmente inundada por las aguas del actual Golfo Pérsico era una inmensa llanura aluvial surcada por extensas prolongaciones de los ríos que después se llamaron Tigris y Éufrates. Cuando acabó la glaciación, el hielo fue derritiéndose hasta que las aguas alcanzaron su nivel actual en el Golfo. Aun así, los cambios de temperatura sufridos por el planeta han provocado pequeñas oscilaciones del nivel de las aguas durante los tiempos históricos.

El final de la última glaciación, Würm, dio paso a un período interglaciar, más cálido y húmedo, que culminó con una cierta desecación que también modeló las áreas desérticas que presenta la región mesopotámica. Sin duda, las oscilaciones climáticas que ha descrito la ciencia geológica influyeron en el aspecto de las primeras culturas que crecieron en Mesopotamia.

1.4. MESOPOTAMIA, CUNA DE CIVILIZACIÓN

Los rigores climáticos de la última glaciación, Würm, que finalizó hace unos 10000 años, fueron menos intensos en Mesopotamia que en otras regiones del planeta. Además, las variedades vegetales que posteriormente fueron el eje de la agricultura, la cebada y el trigo, brotaban espontáneamente en tierras mesopotámicas. Algo análogo ocurría con los animales que después fueron la base de la ganadería; allí abundaban en estado salvaje, ovejas, cabras, vacas, cerdos y camellos. Como hemos señalado, el cauce del Éufrates y el Tigris junto a sus respectivos afluentes confería al territorio una gran feracidad. La bonanza climática, la abundancia de especies y la fertilidad del terreno parecían favorecer espontáneamente el nacimiento de la civilización humana en la región; de ahí nacía, entre otros motivos, el aspecto paradisíaco que los antiguos conferían a la «tierra entre ríos». Sin embargo, la benignidad de la zona presentaba, a modo de contraste, adversidades que el ser humano debió controlar con mucho esfuerzo para plantar y acrecer la semilla de la civilización.

El caudal del Éufrates y el Tigris fertilizaba las tierras adyacentes. Ahora bien, ambos ríos surcaban un largo recorrido, a través del cual iban depositando sobre el terreno las sales minerales que trasportaban desde los montes de Armenia. Las sales disminuían la fertilidad del suelo; por eso, muy a menudo, el agricultor debía drenar los suelos y el cauce de los ríos para posibilitar la fertilidad de la tierra. El aspecto llano de la zona meridional por donde fluían los dos grandes ríos en el último tramo favorecía la frecuente alteración del cauce fluvial; acontecía, con relativa frecuencia, que el desplazamiento de un cauce destruía extensas zonas de cultivo, y convertía en estéril el trabajo de una aldea durante generaciones. Por si fuera poco, los ríos tendían a desbordarse en algunos tramos, anegaban en exceso el terreno y arruinaban las cosechas. La frecuencia de las inundaciones provocadas por el desbordamiento de los ríos alentó el nacimiento de leyendas sobre grandes diluvios, que recogió la literatura mesopotámica y más tarde asimiló la Biblia (Gn 6-7).

Con intención de sacar rédito al caudal fluvial, las culturas mesopotámicas desarrollaron una intensa política hidráulica para aprovechar el valor ecológico de la región. Así la zona se llenó de presas, acueductos, embalses y canales de agua, con los que sus moradores controlaron el caudal de los ríos, habilitaron para el cultivo las zonas pantanosas, y drenaron las abundantes lagunas. Sin duda, el pretendido paraíso terrenal que percibían los antiguos en tierras mesopotámicas no fue algo espontáneo, requirió el gran esfuerzo de sus habitantes para engendrar la civilización humana.

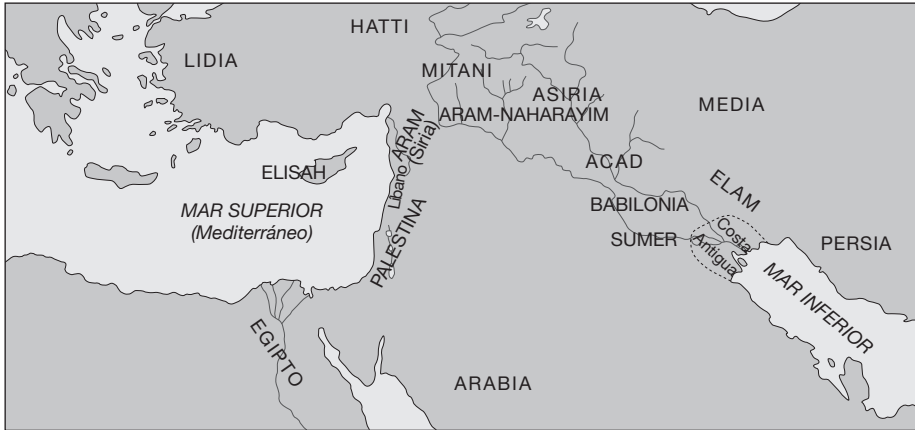
Como hemos mencionado, el Éufrates y el Tigris en tiempos antiguos desembocaban separados en el Golfo Pérsico, actualmente lo hacen juntos; el cambio obedece, como hemos sugerido, a motivos geológicos y climáticos. El alejamiento de la línea de costa en el Golfo, acrecentado por el sedimento depositado por los ríos, provocaba que las ciudades portuarias, levantadas junto al mar, tuvieran que abandonarse al ir alejándose del litoral. Los seísmos que arrasaban zonas de Armenia y los Zagros destruían aldeas, alteraban el curso de los ríos, y perturbaban las vías de comunicación. Utilizando el lenguaje bíblico, el aparente paraíso, eco de la feracidad del terreno, muchas veces se convertía en tierra de «espinas y abrojos», símbolo de los desastres naturales que diezaban la región (Gn 3,18).

Las montañas y desiertos que circundaban la zona entre ríos parecían guarnecerla; semejaban una muralla que defendía la zona fértil de la amenaza extranjera. Sin embargo, las áreas montañosas también constituían la mejor plataforma para que los enemigos pudieran otear la región y entraran a saquear sus riquezas. Las invasiones que sufrió Mesopotamia penetraron

desde el Taurus atravesando Anatolia y Siria, en el noroeste; también lo hicieron a través de los montes de Armenia, en el norte; y por el este cruzando los Zagros, desde la tierra de Elam, el nombre antiguo de la actual meseta irania. Con intención de salvaguardar su integridad, las sucesivas culturas mesopotámicas auspiciaron la política militar y defensiva para protegerse del ataque extranjero; por eso las regiones norteñas testimonian la presencia de extensos muros para contener las invasiones, mientras las ciudades sobresalieron, con el paso del tiempo, por la solidez de sus murallas y baluartes.

Aunque existieran plantas silvestres y animales salvajes que propiciaron el nacimiento de la agricultura y la ganadería, su domesticación constituyó una ardua tarea para el ser humano. Los sucesivos cruces entre especies para obtener vegetales rentables o animales eficientes, supuso una tarea de milenios, no exenta de dificultades. Como hemos señalado, la carencia de minerales metálicos y piedra adecuada para la construcción implicó la necesidad de abrir caminos hacia el exterior. De ahí nacieron rutas caravaneras que bordeaban el desierto y cruzaban las montañas, o surgieron los astilleros para construir navíos que zarparan del Golfo y pequeñas embarcaciones para la navegación fluvial.

La región mesopotámica requirió el ímprobo esfuerzo humano para convertirse en un lugar próspero, pero fue precisamente la intensidad y necesidad de tal esfuerzo el agente que engendró la civilización. Los sumerios, acadios, asirios, babilonios, casitas, caldeos, y persas constituyeron las principales culturas que guiaron la civilización mesopotámica. Cada cultura fundamentó su liderazgo, aún con matices propios, sobre siete pilares básicos, plasmados por escrito gracias a la invención de la escritura. La política hidráulica que mantuvo el valor ecológico y agropecuario de la zona. El empeño en la defensa militar del territorio frente a enemigos externos. El trazado de vías de comunicación para favorecer el indispensable comercio exterior e interior. La sólida organización administrativa, centrada en el templo y después en el palacio, para vertebrar la estructura social. El establecimiento de caminos interiores para propiciar el intercambio cultural entre quienes poblaban Mesopotamia. La redacción de códigos legales, asentados en el aura religiosa, para poder organizar la región y acrecer el progreso. La confección de una rica literatura, enraizada también en el ámbito religioso, que daba cuenta de la esencia de los dioses, la estructura y origen del universo, la naturaleza del ser humano, el curso de la historia, y la organización social. Sin duda, el aura paradisíaca que envolvió, en ciertas épocas, la región mesopotámica influyó, como veremos a continuación, en la percepción bíblica del Edén.



1.5. MESOPOTAMIA, ECO BÍBLICO DEL PARAÍSO TERRENAL

La feracidad y riqueza de Mesopotamia suscitó el encomio de los autores clásicos. A modo de ejemplo, Diodoro Sículo recogió la descripción de Persia plasmada por Jerónimo de Cardia (IV a. C.) en la «Ciropedia», y sentenció: «Tierra elevada, bendecida por el buen clima, llena de los mejores frutos en cada estación [...] árboles y arboledas cultivadas en jardines [...] corrientes de agua [...] que invitan al descanso más placentero» (Diodoro, *Historia*, 19,21.2-4). Atentos a la percepción de los antiguos, no es extraño que los autores de la Escritura situaran la metáfora del «paraíso terrenal» en un ámbito geográfico que sugiriera, desde el horizonte alegórico, la región mesopotámica:

El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente. El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y en él puso al hombre que había formado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos de ver, y buenos para comer, así como el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde aquí se partía en cuatro brazos. El primero se llama Pisón; es el que bordea la región de Evilá, donde hay oro; el oro de esta región es puro; y también hay allí resina olorosa y ónice. El segundo se llama Guijón; es el que bordea la región de Cus. El tercero se llama Tigris; es el que pasa al este de Asiria. El cuarto es el Éufrates. Así que el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín en Edén para que lo cultivara y lo guardara (Gn 2,7-15).

La Escritura abre sus páginas con un prólogo denso, la «historia de los orígenes» (Gn 1-11); su redacción definitiva fue tardía (siglo V a. C.), por

eso constituye la caja de resonancia de buena parte del AT, y el eco de hondas reflexiones sapienciales y proféticas. El prólogo, entretejido por narraciones y listas genealógicas, presenta, entre otros relatos, el «drama del paraíso» (Gn 2,4a-3,23). Entre las líneas del drama, figura la «descripción del Edén» (Gn 2,7-15); atentos al aspecto geográfico de Mesopotamia, ajustaremos el comentario solo a los motivos metafóricos y teológicos de la «Descripción» para captar la relación entre la Escritura y la cultura oriental.

La mención del Edén, tal como aparece en la «Descripción», permite dos traducciones complementarias. La primera, «Dios plantó un jardín de Edén», describe que el jardín tenía un aspecto como «de Edén», en lengua hebrea el término Edén alude a lo «excelente y delicioso» (2 Sm 1,24; Jr 51,34; Sal 36,9); de ahí que identifiquemos «un jardín de Edén» con las mieles del paraíso. La segunda, «Dios plantó un jardín en Edén», señala el lugar donde Dios plantó el jardín, en Edén. En idioma acadio, la lengua franca más utilizada en Mesopotamia antigua, la palabra Edén alude al ámbito geográfico que dificulta la existencia humana, como pueden ser el desierto o la estepa. Conviene precisar también que Dios «plantó un jardín». En lengua hebrea, el término jardín no solo evoca un huerto feraz o un lugar de sosiego, alude también al ámbito en que Dios especialmente protege y defiende al ser humano (Is 58,11a; Jr 31,12). Aunando la doble significación del término «Edén» con el sentido de la palabra «jardín», apreciamos que la «Descripción» relata cómo Dios transforma un lugar inhóspito en el ámbito excelso que también protege para que el ser humano pueda habitarlo con los mayores gozos.

¿Acaso no evoca la descripción del Edén, desde la perspectiva poética, la evolución histórica de Mesopotamia? Como es obvio, Mesopotamia no era un desierto o una estepa, pero si era, al alba de los tiempos, un lugar inhóspito para el bienestar humano; pues, como hemos referido, el desbordamiento de los ríos y la inestabilidad del terreno requirieron del más ímprobo esfuerzo para convertir la región en un territorio próspero. Una de las etapas más florecientes de la civilización mesopotámica entendió, desde el prisma religioso, que la región era una especie de jardín protegido por los reyes, lugartenientes de los dioses, para propiciar la felicidad hombre. Así lo certificó Hammurabi, rey de Babilonia (siglo XVIII a. C.), en el prólogo del código que lleva su nombre: «Los dioses Anum y Enlil me eligieron [...] para proclamar el derecho en el País [...] y para que pudiera iluminar el País para asegurar el bienestar de la gente» (Código de Hammurabi I, 30-40).

Ahora bien, la civilización del territorio no aconteció por arte de magia, sino que requirió, como hemos precisado, el desarrollo de la política hidráuli-

ca y la más firme defensa contra el enemigo extranjero que, a lo largo de la historia, quiso depredar la región. Por eso Diodoro Sículo, heredero de Jerónimo de Cardia, añadió otro matiz a su descripción de la región: «Quienes pueblan esta región son los más belicosos [...] todos los varones son arqueros y honderos valerosos» (Diodoro Sículo, *Historia*, 19.21.2-4).

Así pues, el relato bíblico evoca la esbeltez mesopotámica, tan celosamente defendida por sus reyes, embajadores de los dioses, para enmarcar la metáfora del Jardín en Edén. Aun así, el relato bíblico sentencia que lo más importante acontece cuando «El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra [...] y puso en *el jardín* al hombre que había formado» (Gn 2,7-8). Como establece la Escritura, las características esenciales del ser humano son la vida y la libertad, ambas indisolubles. No en vano, los israelitas reconocían a Dios como libertador de su pueblo «El Señor nos liberó *de la esclavitud* de Egipto con mano fuerte y brazo poderoso» (Dt 26,6; Jos 24,1-13), y también como el Dios de la vida: «Yo (el Señor) doy la muerte y la vida» (Dt 32,28; Sal 104,29).

De ahí que la poesía hebrea también palpe el hondón de la vida y la libertad humanas entre los versos del relato del paraíso (Le Dáut, 85). Dice la Escritura: «el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra» (Gn 2,7), y más adelante afirma: «el Señor Dios formó de la tierra toda clase de animales del campo» (Gn 2,19). La lengua castellana utiliza la misma palabra para referir que el Señor *formó* al hombre y a los animales. La lengua hebrea también se vale de la misma raíz, pero con un matiz muy sutil; pues, para expresar cómo el Señor *formó* al hombre emplea el término *wayyiser*, mientras que para referirse a los animales se sirve de la palabra *wayiser*; conviene precisar que la letra latina «y», que aparece en ambos términos, translitera la letra hebrea «wau». La palabra hebrea que refiere la *formación* del hombre incluye dos veces la letra «y», pero el término que describe la *formación* de los animales contiene solo una vez la letra «y». Al decir de la simbología hebrea, la letra «wau», transliterada como «y», alude al concepto de voluntad. Los animales solo cuentan con la voluntad del instinto, por eso el proceso de su *formación* aparece con la palabra *wayiser*, que contiene una sola «y», alusión a su única voluntad, el instinto. A modo de contrapunto, el hombre, además del instinto, puede obrar el bien y el mal; tiene por tanto dos voluntades, expresadas en la duplicidad de la letra «y» presente en la palabra *wayyiser*; sin duda, la capacidad de elegir, nacida de la doble voluntad, constituye el mejor reflejo de la libertad humana.

Prosiguiendo con la lectura, apreciamos que Dios infunde en el hombre el aliento de vida: «el Señor Dios [...] sopló en su nariz (*del hombre*) un hálito

de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente» (Gn 2,7). Observemos que el Señor no realiza esta acción con los animales (Gn 2,19), solo la emprende con el hombre. Como subraya el pensamiento antiguo, solo la persona humana es un ser plenamente vivo; los animales cuentan con una existencia subordinada al ser humano (Gn 2,19), mientras los vegetales son simples frutos de la tierra (Gn 1,11). En definitiva, el Señor forma al hombre, el ser vivo y libre por excelencia, y lo instala en el Jardín en Edén. Con toda obviedad, la descripción del jardín bíblico también trae a la memoria las palabras con que Diodoro describía la esplendidez mesopotámica: «había toda clase de árboles hermosos de ver y buenos para comer» (Gn 2,9).

Desde el embrujo de la sabiduría bíblica, la descripción del Edén continúa ahondando en la identidad del hombre, libre y henchido de vida. Seguramente por eso, enuncia: «el Señor Dios hizo brotar del suelo [...] el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gn 2,9). El motivo teológico de los árboles pertenece también al acervo de la teología mesopotámica, que refería, como hacían las culturas antiguas, la presencia de un árbol como eje sustentante del mundo. Así lo señala, a modo de ejemplo, la Epopeya de Gilgamesh, obra señera de la literatura mesopotámica. Muestra como en la ciudad de Eridu, el centro del mundo, se yergue un árbol negro, el Kinsanu, alegoría de la presencia de la diosa Ea, la consejera del ser humano, que se paseaba en torno al árbol.

Aunque el autor de la «descripción del Edén» haya podido tomar el motivo del árbol de la tradición mesopotámica, lo ha injertado en el tronco de la tradición bíblica (Eisenberg-Abecassis, 24-28). Ahondando en la perspectiva poética, el texto alude a un primer árbol: «el árbol de la vida en medio del jardín». El árbol constituye la alegoría de la actuación del Dios de la vida en la historia humana, pues ha plantado el jardín, y ha formado al hombre para convertirlo en un ser vivo. El Dios de Israel no es una divinidad lejana y extraña, sino el Dios que actúa en la historia, siempre que la libertad del hombre se lo permita, para procurar la felicidad del ser humano, su amigo (Is 41,4.8).

De ese modo la narración, como hacía la teología mesopotámica, establece que la actuación de Dios, representado por la metáfora del árbol, está en el origen del cosmos y es el autor de la vida; como hiciera la diosa Ea, antes mencionada, el mismo Dios, como subraya más adelante, mediante otra metáfora, la descripción bíblica, «paseaba por el jardín al fresco de la tarde» (Gn 3,8). Quizá ahondando en el perfil de Ea, el autor establece que Dios no se conforma con aconsejar, también protege al ser humano; pues, aunque el hombre haya pecado, dirá más tarde el texto, «el Señor hizo para el hombre y su mujer unas túnicas y los vistió» (Gn 3,21).

No en vano, la profecía de Jeremías describe al Dios de Israel bajo la veste de un árbol, un almendro, para enfatizar la delicadeza con que aconseja y protege al profeta (Jr 1,11-12). Cuando el Señor envió a Jeremías a predicar la palabra, la ciudad de Jerusalén estaba sumida en la idolatría. La perversión idolátrica aparece bajo la simbología del invierno, la estación en que los árboles carecen de hojas y frutos, metáfora de ausencia de justicia y misericordia entre los habitantes de Jerusalén (Jr 2,11). Entre la adversidad idolátrica, Dios se revela al profeta bajo la figura del almendro (Jr 1,11). En lengua hebrea, el término almendro significa «el árbol que vela»; pues, mientras los árboles en invierno parece que duermen, sin hojas ni frutos, el almendro abre sus flores, blancas y rosadas, para velar el sueño de los otros árboles. Mientras Jeremías predique en Jerusalén, la urbe adormecida por la idolatría, Dios, oculto bajo la alegoría del almendro, velará por el profeta con la mayor delicadeza.

La imagen de Dios palpita bajo la figura del árbol de la vida, plantado en medio del jardín; no obstante, la presencia de Dios bajo la simbología del árbol no es la única, pues, más adelante, el relato subraya la presencia de Dios con la alegoría del paseo divino durante la atardecida (Gn 3,8). Surge ahora una pregunta: ¿cómo aparece en la descripción del Edén la manera en que Dios aconseja y protege al ser humano que ha puesto en el jardín? La respuesta palpita en la mención de otro árbol: «el árbol del conocimiento del bien y del mal»; veámoslo.

La capacidad de aconsejar consiste en el empeño divino por inclinar al hombre hacia el bien; mientras la decisión de protegerlo determina el compromiso divino por defenderlo del mal y empujarlo también hacia el bien. Como reveló la voz divina a Moisés, cuando le entregó los mandamientos en el monte Sinaí, la Ley constituye la mediación más fehaciente con que Dios aconseja y protege al hombre para que huya del mal y goce del bien (Ex 20,1-17). Desde esta perspectiva, cuando Moisés acabó de instruir al pueblo que iba a penetrar en la tierra prometida, añadió, en nombre de Dios, una advertencia: «Grabad en vuestro corazón todas estas palabras [...] y mandad a vuestros hijos que cumplan todas las cláusulas de esta ley [...] pues estas palabras harán que se prolonguen vuestros días en la tierra que vais a tomar en posesión después de pasar el Jordán» (Dt 32,45-47). Desde esta óptica, podemos entender que la mención del segundo árbol del Edén, el árbol del conocimiento del bien y del mal, constituye una metáfora de la ley con que el Dios de la vida encauza por la senda de los mandamientos al hombre que ha formado y acomodado en el jardín.

Con intención de corroborar la analogía entre el árbol y la ley, observemos la orden dada por Dios al hombre: «No comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás sin remedio»

(Gn 2,17). La palabra «comer» adquiere, en este caso, el sentido de «destruir, o acabar con» (Dt 7,16)¹; es decir, si el hombre destruye la ley, simbolizada en la imagen del árbol, morirá. La advertencia divina en el Edén evoca el aviso de Moisés contra el pueblo, siempre tentado por la idolatría, cuando oteaba la tierra de promisión: «Si no pones en práctica cuidadosamente todas estas palabras de esta ley [...] el Señor [...] actuará contra ti, hasta exterminarte del todo» (Dt 28,58-61). El relato del Edén establece ante el hombre una disyuntiva, si destruye el árbol, símbolo de la ley, perecerá, pero si lo respeta podrá cuidar el jardín, alegoría de la existencia feliz (Gn 2,15-17).

También Moisés presentó al pueblo una disyuntiva pareja: «Hoy pongo delante de ti vida y felicidad, muerte y desgracia [...] si escuchas los mandamientos [...] vivirás [...] pero si no escuchas [...] perecerás sin remedio» (Dt 30,15-19a). El discurso de Moisés acaba con una exhortación a los oyentes: «¡Escoge la vida, y viviréis tú y tu descendencia!» (Dt 30,19b); desde este vértice, también la descripción del Edén constituye una invitación al ser humano para que, respetando el árbol del conocimiento, pueda cuidar el jardín, alegoría de la vida plena.

Ambos árboles, eco la actuación divina en la historia humana y del don de la ley, puedan sintetizarse en uno. Aguzando el horizonte metafórico, podríamos entender: «el árbol de la vida en medio del jardín *que se manifiesta como* el árbol de la ciencia del bien y del mal» (Gn 2,9); pues, la presencia del Dios de la vida se reveló a Israel, de modo privilegiado, mediante el don de la ley.

El jardín también contempla la presencia de un río: «de Edén salía un río que regaba el jardín». ¿A qué río puede referirse? La cosmología antigua suponía que bajo la superficie terrestre existía un gran depósito de agua que, conectado con el mar superior, alimentaba las fuentes y los ríos que calmaban la sed del campo y del hombre (Prov 8,28). A tenor de la explicación cosmológica que acabamos de citar, el depósito subterráneo manaba en Edén en forma del río que regaba el jardín.

Mientras el río surcaba el Edén, es decir, «desde allí» (Gn 2,10), como señala el texto, se partía en cuatro brazos. El primero se llama Pisón que bordea la región de Evílá; los autores antiguos, atentos al sentido literal (Josefo, *Antiquitates Judaicae*, I, 1,3), lo identificaron con el Indo, o con el Farsis que nace en el monte Ararat, en las montañas de Armenia, y desemboca en el mar Negro; desde esta óptica, la región de Evílá equivaldría a las tierras armenias.

¹ A modo de ejemplo: «Destruye (*come*), pues, a todos los pueblos que el Señor tu Dios va a entregarte; no tengas piedad de ellos, ni des culto a sus dioses, pues serían para ti una trampa» (Dt 7,16).

El segundo se llama Guijón, bordea la región de Cus; la Antigüedad lo identificó con el Nilo que cruza la tierra de Cus, Etiopía antigua (Josefo, *Antiquitates Judaicae*, I, 1,3); pero otros entendían que el topónimo Cus indicaba la tierra de los cusitas, denominación del territorio babilónico, durante la llamada Babilonia casita. El tercero es el Tigris, río que pasa por el este de Asiria. El cuarto es el Éufrates que, como sabemos, atraviesa Mesopotamia. La mención del Éufrates y el Tigris, y en cierta medida también la cita del Pisón y el Guijón sitúan el Edén en el ámbito mesopotámico.

Ahora bien, como sucedía con los dos árboles del Edén, la mención de los cuatro ríos desvela un carácter metafórico. Indican, desde el prisma alegórico, que el agua que mana del río en Edén se esparce hacia los cuatro puntos cardinales, representados por los cuatro ríos, para alcanzar todo el orbe. Preguntémosnos, ahora, cuál es el significado teológico del Edén y del río que mana en el jardín para dividirse después en cuatro brazos e irrigar el mundo entero, por entonces conocido.

Cuando la profecía de Isaías anuncia la salvación que Dios regala a su pueblo, dice: «El Señor consuela a Sion y a sus ruinas, convertirá su desierto en un ámbito de Edén, su estepa en jardín del Señor» (Is 51,3). Como señala la Escritura, muy a menudo, los términos «ruinas, desierto y estepa» representan la idolatría que aleja al hombre de la comunión con Dios (Is 41,18-20), mientras las locuciones «ámbito de Edén» y el «jardín del Señor», aluden, como hemos visto, al ámbito de la presencia divina donde el ser humano observa los mandamientos (Gn 2,9). Notemos como la profecía isaiana relaciona la ciudad de Sion con el ámbito propio de Edén; pues, como señala, el Señor consuela Sion cuando transforma la ciudad ruinosa, semejante al desierto y la estepa en un ámbito de Edén, eco del jardín plantado por Dios. Es decir, el Señor consuela Sion cuando convierte sus ruinas, eco de la idolatría, en la comunidad fiel, manifestada bajo la imagen fértil del Edén. Al trasluz de la alegoría isaiana, trasparece en el Génesis, bajo la imagen del jardín que Dios planta en Edén, la identidad de Sion, llamada también Jerusalén. Así pues, la metáfora del Edén, expuesta en el Génesis, constituye, entre otros temas, una metáfora de Jerusalén, fiel al Señor, también llamada Sion.

Abordemos ahora la cuestión del río que mana en el jardín. Cuando la profecía de Ezequiel explicita el tesón de Dios para liberar al pueblo de la idolatría y devolverlo al regazo divino, pone en boca del profeta la más bella visión. «*El Señor* me llevó al umbral del templo. Vi que bajo el umbral del templo [...] brotaba una corriente de agua [...]; por donde pasará [...] todo ser viviente que en él se mueva, vivirá [...] hasta las aguas del mar Muerto quedaran saneadas cuando llegue» (Ez 47,1-10). Al decir de la profecía, las aguas transforman una

zona inhóspita en un vergel. Apreciemos que la corriente que mana del templo trasmuta una zona árida en una figura que recuerda el Jardín en Edén, pues en la región «crecerán toda clase árboles frutales [...] y sus frutos servirán de alimento» (Ez 47,12; Gn 2,9). El río que vivifica la sequedad del mar Muerto, símbolo también de la idolatría que carcome al ser humano, constituye otra metáfora de la ley, también llamada la palabra del Señor (Is 2,2-3).

Muy a menudo, la ley está representada bajo la imagen del agua que vivifica la tierra: «Dice el Señor: Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y solo vuelven allí después de haber empapado la tierra [...] para que dé simiente [...] así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí de vacío [...] sino que cumplirá mi encargo» (Is 55,10-12). El encargo de la ley estriba en convertir la aridez del mundo, eco de la idolatría, en tierra férax, símbolo del conocimiento del Señor; por eso el río, alegoría de la ley, se parte en cuatro brazos para alcanzar el orbe entero a fin de que todas las naciones puedan contemplar la gloria del Dios de Israel, único guía de la historia humana (Is 66,18-23).

A modo de colofón. El autor de la «descripción del Edén» (Gn 2,7-15) se inspiró en la cultura mesopotámica para dibujar los trazos del Edén; pero no pretendió situar geográficamente el paraíso en Mesopotamia. Recogiendo motivos mesopotámicos, el autor plasmó el proyecto feliz que el Dios de Israel diseña para la humanidad entera. El Señor convirtió una zona yerma, eco de la perversión idolátrica, en un jardín, alegoría de Jerusalén, donde él mismo se revela bajo la imagen del árbol de la vida, y manifiesta su voluntad mediante el árbol del conocimiento del bien y del mal, eco de la ley. Por si fuera poco, el Señor, a través del río que surge «desde allí», alegoría del templo de Jerusalén, hace que la ley, representada esta vez por el agua del río, llegue a toda la humanidad, simbolizada por los cuatro brazos que surcan el orbe conocido. Solo así, como señala el libro de Isaías, Israel y las naciones podrán reunirse en Jerusalén, al final de los tiempos, para adorar al Señor, el único Dios (Is 66,18-23).